

La fe, el secreto de la virtud que hace al cristiano

Al comenzar a desgranar las virtudes teologales, el Papa Francisco ha hablado sobre qué caracteriza a los hombres y mujeres de fe de la Sagrada Escritura.

01/05/2024

Queridos hermanos y hermanas,
¡buenos días!

Hoy quisiera hablaros de la virtud de la fe. Junto con la caridad y la

esperanza, esta virtud se llama "teologal". Las virtudes teologales son tres: la fe, la esperanza y la caridad. ¿Por qué son teologales? Porque sólo pueden experimentarse a través del don de Dios.

Las tres virtudes teologales son los grandes dones que Dios hace a nuestra capacidad moral. Sin ellas podríamos ser prudentes, justos, fuertes y templados, pero no tendríamos ojos que ven incluso en la oscuridad, no tendríamos un corazón que ama incluso cuando no es amado, no tendríamos una esperanza que se atreve contra toda esperanza.

¿Qué es la fe? El Catecismo de la Iglesia Católica explica que la fe es el acto por el cual el ser humano se entrega libremente a Dios (nº 1814). En esta fe, Abraham fue el gran padre. Cuando aceptó dejar la tierra de sus antepasados para dirigirse a la

tierra que Dios le mostraría, probablemente se le juzgó loco: ¿por qué dejar lo conocido por lo desconocido, lo seguro por lo incierto? Pero, ¿por qué hacerlo? ¿Está loco? Pero Abraham se pone en camino, como si viera lo invisible.

Esto es lo que la Biblia dice de Abraham: "Se puso en camino como si viera lo invisible". Esto es hermoso. Y seguirá siendo este invisible el que le haga subir a la montaña con su hijo Isaac, el único hijo de la promesa, que sólo en el último momento se librará del sacrificio. En esta fe, Abraham se convierte en padre de una larga estirpe de hijos. La fe le hizo fecundo.

Hombre de fe será Moisés, que, aceptando la voz de Dios incluso cuando más de una duda podía sacudirle, siguió firme y confiando en el Señor, e incluso defendió al

pueblo que tantas veces carecía de fe.

Una mujer de fe sería la Virgen María, que, al recibir el anuncio del Ángel, que muchos habrían desecharo por demasiado exigente y arriesgado, respondió: "He aquí la esclava del Señor: hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Y con el corazón lleno de fe, con el corazón lleno de confianza en Dios, María emprende un camino del que no conoce ni la ruta ni los peligros.

La fe es la virtud que hace al cristiano. Porque ser cristiano no es ante todo aceptar una cultura, con los valores que la acompañan, sino que ser cristiano es acoger y apreciar un vínculo, un vínculo con Dios: yo y Dios; mi persona y el rostro amable de Jesús. Este vínculo es lo que nos hace cristianos.

Hablando de fe, me viene a la mente un episodio del Evangelio. Los

discípulos de Jesús están cruzando el lago y se ven sorprendidos por una tormenta. Creen salir adelante con la fuerza de sus brazos, con los recursos de la experiencia, pero la barca empieza a llenarse de agua y entran en pánico (cf. Mc 4,35-41). No se dan cuenta de que tienen ante sus ojos la solución: Jesús está allí con ellos, en la barca, en medio de la tempestad, y Jesús duerme, dice el Evangelio.

Cuando por fin le despiertan, asustados e incluso enfadados porque les ha dejado morir, Jesús les reprende: "¿Por qué tenéis miedo? ¿Aún no tenéis fe?" (Mc 4,40).

He aquí, pues, el gran enemigo de la fe: no es la inteligencia, no es la razón, como, por desgracia, algunos siguen repitiendo obsesivamente, sino que el gran enemigo de la fe es el miedo. Por eso la fe es el primer don que hay que recibir en la vida cristiana: un don que hay que acoger

y pedir cada día, para que se renueve en nosotros.

Aparentemente es un don pequeño, y sin embargo es el esencial. Cuando nos llevaron a la pila bautismal, nuestros padres, después de anunciar el nombre que habían elegido para nosotros, fueron preguntados por el sacerdote -esto sucedió en nuestro Bautismo-: "¿Qué pedís a la Iglesia de Dios?". Y los padres respondieron: "¡Fe, bautismo!".

Para un padre cristiano, consciente de la gracia que se le ha concedido, ése es el don que debe pedir también para su hijo: la fe. Con ella, un padre sabe que, incluso en medio de las pruebas de la vida, su hijo no se ahogará en el miedo. He aquí que el enemigo es el miedo. También sabe que, cuando deje de tener un padre en esta tierra, seguirá teniendo un Dios Padre en el cielo, que nunca lo

abandonará. Nuestro amor es tan frágil, y sólo el amor de Dios vence a la muerte.

Por supuesto, como dice el Apóstol, la fe no es de todos (cf. 2 Ts 3,2), e incluso nosotros, que somos creyentes, a menudo nos damos cuenta de que tenemos poca. Jesús puede reprocharnos a menudo, como a sus discípulos, que somos "hombres de poca fe". Pero es el don más feliz, la única virtud que podemos envidiar. Porque quien tiene fe está habitado por una fuerza que no es sólo humana; de hecho, la fe "desencadena" en nosotros la gracia y abre la mente al misterio de Dios.

Como dijo una vez Jesús: "Si tuvierais fe como un grano de mostaza, podríais decir a esta morera: "Desarraigate y plántate en el mar", y os obedecería" (Lc 17, 6). Por eso, también nosotros, como los discípulos, le repetimos Señor,

¡auméntanos la fe! (cf. Lc 17,5) ¡Es una hermosa oración! ¿La decimos todos juntos? "Señor, aumenta nuestra fe". La decimos todos juntos: [todos] "Señor, auméntanos la fe". Demasiado débil, un poco más alto: [todos] "¡Señor, aumenta nuestra fe!". Gracias.

pdf | Documento generado
automáticamente desde <https://opusdei.org/es-uy/article/vicios-virtudes-18/> (22/01/2026)